



Yara y el Corazón de la Selva

JORGE KRUZ



Yara camina por la densa selva amazónica mientras la luz dorada se filtra entre las copas de los árboles gigantes. A su paso, las flores de colores vibrantes se inclinan hacia él y los helechos parecen susurrarle secretos al oído, reconociendo su don especial.



Bajo las raíces monumentales de una ceiba milenaria, Yara descubre a una pequeña cría de jaguar que llora desconsolada. Sus ojos color ámbar están empañados por el miedo, y Yara se arrodilla para consolarla mientras las hojas cercanas brillan con una luz suave y reconfortante.



Decidido a ayudar al pequeño felino, Yara apoya su mano sobre el tronco de un árbol de caucho para preguntar el camino. Las enredaderas comienzan a moverse lentamente, desenredándose para señalar un sendero oculto que se interna en lo más profundo del bosque.



El camino se ve interrumpido por una marea interminable de hormigas guerreras que cruza el suelo como un río oscuro. Yara le pide ayuda a los juncos de la orilla, que se entrelazan mágicamente para formar un puente natural por el que él y el jaguar pasan sin peligro.



De repente, el cielo se torna de un color violeta intenso y una tormenta tropical estalla con una fuerza sobrecogedora. Los relámpagos iluminan la selva con destellos cinematográficos mientras el viento ruge entre las ramas, asustando al pequeño cachorro.



En lugar de azotarlos, las enormes hojas de palma se curvan hacia abajo como paraguas vivientes para proteger a Yara y al jaguar de la lluvia torrencial. Yara siente el latido de la selva bajo sus pies, comprendiendo que el bosque entero está cuidando de ellos.



Tras la tormenta, una niebla mística envuelve el paisaje, transformando la selva en un reino de ensueño. Yara sigue el rastro de unas orquídeas blancas que florecen instantáneamente a su paso, guiándolos hacia el territorio de los grandes felinos.



Llegan a un claro cerca de una cascada majestuosa donde el agua cae como hilos de plata líquida. El aire vibra con una energía antigua y poderosa, y las plantas a su alrededor comienzan a emitir un zumbido rítmico que anuncia una presencia importante.



Desde las sombras de la vegetación emerge la madre jaguar, una criatura imponente con un pelaje que brilla como el oro bajo la luz de la luna. Tras un reencuentro lleno de ternura con su cría, la gran felina inclina su cabeza ante Yara en señal de profundo respeto y gratitud.



Mientras el sol se pone tiñendo el horizonte de carmesí y naranja, Yara regresa a su aldea con el corazón lleno de paz. Ahora sabe que no es solo un habitante de la selva, sino una parte vital de este gran ser vivo que respira, protege y ama.